No era la primera chica a quien hacía una barriga y luego la echaba del cortijo sin miramientos, acusándola incluso de ser una fulana y no merecer vivir bajo su propio techo. Pero ella era diferente. Adelina era de origen humilde, tan humilde como la paja, tan pobre que ni apellidos tenía…pero era especial, era elegante, altiva, digna y eso le volvía loco. Mientras ella más le despreciaba, él más se enardecía y encadenado a sus propios sentimientos, el señorito habló con su madre y le anunció que estaba esperando un hijo, por lo que se casaría en breve con ella.

Doña Asunción escuchaba en silencio a su hijo, su único hijo desde que su primogénito muriera. Según la familia por un fulminante infarto y según las lenguas más afiladas, el hijo mayor de la doña sufrió un más que previsible accidente, mientras el muchacho se empeñaba en subir a un árbol con una cogorza encima de mil demonios, cuando resbaló, ya que había alcanzado subir a una alta rama, cayendo y desnucándose de manera inmediata. La idea de ver casado a Andrés con una sirvienta, no le hacía demasiada gracia, pero teniendo en cuenta la trayectoria amorosa de su caprichoso hijo y segura de que la joven era una muchacha decente y honrada, doña Asunción aceptó, no sin poner alguna que otra objeción. Se casarían pero de madrugada, no habría fiesta ni convite y dormirían en el cuarto más alejado al suyo, no quería ruidos nocturnos inoportunos, ni tener que ser testigo de riñas o molestos llantos de bebé en la madrugada. Andrés por su parte, se sintió muy satisfecho por la decisión tomada y por como su madre había entrado al trapo con tanta facilidad, pese a sus imposiciones. A quien nadie preguntó qué opinaba, fue a Adelina, que sin tener familia que intercediera por ella, se dejó llevar como barquito de papel en un riachuelo, y pensando ya en el porvenir de ese hijo que le crecía dentro, dejó que los acontecimientos se dieran tal como el señorito dispuso.